



LA CONFESIÓN EN LA VIDA DEL CRISTIANO

4ª Ponencia del XI EFCSM 2016

P. Sergio Rodríguez, Siervo de Jesús

© 2016. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Se ha dicho que la confesión, como sacramento y como actitud, es una actitud santa, un regalo de Pascua del Redentor que ha confesado en la Cruz los pecados del mundo, y, por tanto, es también un seguimiento. Si esto es considerado así por el cristiano, entonces ¿cómo debe ser, cómo puede ser esto vivido? ¿Qué busca el cristiano cuando se confiesa? ¿Cómo se confiesa uno? ¿Cómo se acerca uno al sacramento? ¿Cómo uno puede vivir de este seguimiento del Redentor que así ha confesado y ha ganado para nosotros la absolución?

Siguiendo la introducción del libro de Adrienne (que por cierto Adrienne escribe tan bien que uno quisiera encontrar ejemplos, pero ella misma da unos ejemplos que son insuperables, trataremos de hacer algo nosotros), ya desde los primeros temas en esta mañana se nos ha dicho que no se puede reducir la confesión a una necesidad de comunicarse, de conversar, de expresarse. Que no es simplemente buscar un desahogo o un descargar algo que uno trae encima, que no se puede reducir esto a una necesidad, ni siquiera lo que se dice a veces (y está ahora muy de moda) de que hay que «verbalizar» para liberarse.

En un momento dado dirá la autora que, si no se va al núcleo de la confesión (esos tres aspectos que nos mencionaba el padre Ricardo al inicio) se degenera en «habladurías sobre uno mismo» y esto finalmente no libera.

¿Qué busca el cristiano entonces cuando se confiesa? Me voy a referir a los capítulos 5 y 6, retomando lo que se ha dicho sobre la dimensión eclesial de la confesión, y tratando también la actitud del penitente y sus extremos.

Tal vez puedan ayudar dos ejemplos de la experiencia pastoral (los hermanos sacerdotes tendrán seguro muchísimos ejemplos de éstos) que pueden ser significativos, de cuando me tocó trabajar como vicario en una parroquia: la primera, la actitud de algunos feligreses que vienen exigiendo un derecho a la hora de ir a confesarse, vienen con las exigencias por delante y a veces de una manera que me parece un poco egoísta. La Iglesia nos pide que no le neguemos a nadie la confesión cuando nos la piden, no hay que negarse, siempre y cuando sea pedido de manera oportuna. Les voy a contar una anécdota sobre esto: estaba saliendo de la sacristía revestido ya para empezar la misa y se acercó una buena señora diciendo: «padre, quiero que me confiese». Yo le dije que iba camino para la misa, pero ella me insistía, por lo que respondí: «señora, si quiere le confieso después, pero ahora es imposible...». Y la mujer se enfadó de tal manera que me dijo: «es usted un mal sacerdote, me está negando la confesión, por su culpa voy a perder mi comunión de hoy». Es un ejemplo de estas actitudes con respecto a los sacramentos y a las cosas sagradas de la vida cristiana donde está primero mi yo, mi comunión, mi confesión, mi primer viernes, mi rosario, mi, mi, mi... No es que no se arrepientan, no es que no quieran al Señor, no es que no quieran sentirse miembros de la Iglesia, pero creo que es de lo más peligroso. Hay a veces cierto narcisismo espiritual, un verse sólo a sí mismos, que no ayuda ni para el seguimiento ni para la liberación del pecado. Y cuento otro ejemplo, también en una parroquia. En la misa que me tocaba celebrar había una familia de la que sólo venían los chicos: el padre y tres muchachos, siempre en la última fila con una actitud muy piadosa. Yo conocía un poco la situación de la familia. Lo curioso es que sólo comulgaba uno de ellos, uno de los chicos universitarios, los otros chicos no sé por qué no lo harían, sus motivos tendrían. Al padre su situación de irregularidad matrimonial (porque estaba divorciado y vuelto a casar) le impedía acercarse a la comunión. Este chico siempre hacía una cosa muy curiosa: comulgaba y después de comulgar le daba un beso a su padre, y a mí me llamaba la atención. Yo no me atreví nunca a preguntarle, no tenía tanta confianza para meterme, pero otro compañero sacerdote que no es que fuera indiscreto sino que tenía más confianza, le preguntó ¿por qué haces eso? El chico respondió: «yo no sé si hago bien, mis hermanos no sé por qué no se acercan a comulgar, pero mi padre sufre mucho, quisiera comulgar y no puede, lo desea profundamente, yo no sé mucho de estas cosas, pero entiendo que yo, que puedo comulgar, no lo hago sólo por mí mismo, y

siento que con este gesto (el beso) comunico algo a mi padre». Al menos, como gesto, esto es más católico, más católico que la exigencia de *deme a mí el sacramento, yo lo necesito, mi comunión, mi confesión*. Pongo estos dos ejemplos para introducirnos en el tema.

Dice Adrienne que muchas veces «el penitente olvida fácilmente que es miembro de una comunidad y que realiza al confesarse un acto comunitario», de ninguna manera está solo. El que se confiesa, se confiesa en obediencia, obediencia que no se la inventa, que no sólo responde a una necesidad, que incluso no responde sólo a una verdad del hombre sino a una «verdad de Dios», una verdad que el Redentor comunica a su esposa y que la Iglesia, ella que ha recibido de Cristo mediador esta mediación de los sacramentos, también debe exigirle a los fieles.

Dice Adrienne: «La Iglesia no está sólo interesada en que vayan los más posibles a la confesión, sino que cada uno experimente mediante la confesión humildad y exaltación, que cada uno pertenece a la comunión de los santos y que en ella ha recibido nuevamente una responsabilidad eclesial para asumir. La confesión es así primordialmente sacramento de la Iglesia (...) de manera que el penitente individual (esto ya nos lo habían dicho), no puede considerar su propia conciencia como la más alta instancia, pues su pecado y su purificación no son ya un asunto privado entre él y Dios», ningún pecado es un asunto privado por muy personal, por muy oculto que sea. A veces suelo comentar con algún penitente que, ojalá el pecado fuera una cosa personal y si así fuera pues que cada uno *reviente* con sus pecados, es problema de cada quien. Pero uno se da cuenta que en este *reventar* se lleva a otros, y en base a la experiencia, uno se lleva a los que más tendría que amar (pensemos en un padre, una madre, un esposo...), esto es también injusto. No, no es un asunto privado.

«Cada uno se confiesa dentro de la comunión de los penitentes para entrar nuevamente en la comunión de los santos. Al confesarse el penitente de ninguna manera deja de ser miembro de la comunidad. Así como el Hijo pertenece a Dios uno y Trino, aunque solamente Él se hace hombre».

La confesión, dice Adrienne, «atrapa al pecador en su defección ante Dios», es decir, en su alejamiento, en su darle la espalda y esta es la labor de los sacramentos, atraparlos ahí. Se llama también a los sacramentos «medios de rescate» para recuperar al hombre caído.

Para el cristiano lo peligroso, dice Adrienne, no es frecuentemente «la falta grave no confesada», lo que afecta al todo, a la Iglesia, sino una vida de tibieza general, sustraída la confesión «esto repercute socialmente». Uno se vuelve indolente, egoísta, pusilánime, ya no quiere dejarse conducir por la Iglesia (...) Uno ha aprendido a acomodarse a la tibieza, a hacer cálculos con ella, no se cuenta ya con el hecho de que la palabra de Dios puede producir un cambio eficaz en el hombre. Es, pues, esta falta de interés, esta indolencia de los que a veces practicamos el sacramento de la confesión.

Hablando de la confesión con relación a los sacramentos, dice Adrienne que la confesión «es la visibilidad del hecho de que la Iglesia se dirige a todos los pecadores». La comunión que es accesible a los ya purificados habría sido demasiado exclusiva para sí sola, dice, esto podría «asustar a los pecadores». Y continua diciendo «yo, pecador, sé que desfiguro la comunión de los santos, uno me ha bautizado pero yo no vivo según la regla del bautismo, uno se ha confirmado pero yo no soy un apóstol de Cristo, voy ciertamente a misa pero me resulta incomprensible, la predicación es para mí o demasiado complicada o demasiado simple, no me dice nada» (aquí hay que decir que es verdad, a veces no dice nada. He escuchado decir que Adrienne tiene una oración para antes de la homilía en la misa: «Señor que lo que diga el sacerdote tenga que ver con el evangelio»).

«Yo reconozco todos sus servicios a mi favor, ella me anima, me consuela, me advierte, pero nada de esto me aprovecha, yo tengo una larga experiencia acerca de mí mismo, yo sé lo que puedo y lo que no puedo, uno me habla de los santos pero precisamente yo no soy uno de ellos, yo vivo en el pecado y como pecador puedo guardarme siempre la última palabra ante la Iglesia. Pero cuando me dicen: el confesionario está reservado a los pecadores, entonces ya es claro: finalmente aquí hay un lugar para mí» no es mi lugar la hornacina donde hace falta la imagen de un santo. No es un puesto en la

primera banca de la iglesia, menos lo son estos «cargos» donde uno busca lucirse delante de la comunidad eclesial, sino que hay un lugar para mí en la fila del confesionario «soy yo precisamente en quien se pensaba, este mueble fue hecho para mí (...) Naturalmente también puedo criticar la confesión, pero esto no me impide saber que aquí se toma en cuenta mi propia situación. Si uno habla de la comunión de los santos me queda claro que yo no pertenezco a ella, pero si uno me dice: hay una comunión de los pecadores, ¿quién pertenece a ella? Entonces sé inequívocamente que yo pertenezco allí».

Podemos aquí también pensar en el Evangelio, cómo el Señor se pone en la fila de los pecadores para ser bautizado por Juan el Bautista, cómo Él, que es puro, santo, entra en esa solidaridad, no le da vergüenza que lo vean en la fila con los pecadores.

No hace mucho me tocó ayudar en una jornada penitencial en la catedral, era toda la noche. Me llamó la atención un chico que estaba allí rezando (bueno, uno se va a confesar como puede y la gracia de Dios actúa siempre y esto es hermoso). Parecía que el chico estudiaba demasiado el terreno, miraba de reojo y cuando por fin se decidió, empezó a ir entre columna y columna como ocultándose hasta que finalmente no le quedaba más que pasar enfrente de mí y, casi con un salto, inmediatamente se escondió detrás de la rejilla lateral suspirando aliviado. A veces uno está buscando las condiciones en las que no se vaya a notar que yo formo parte de la comunidad de los pecadores, no vayan a ver que estoy en la fila, que mal va a quedar mi imagen, no vayan a descubrirme esa faceta, la del que se tiene que ir a confesar. Recordémoslo: entonces sé inequívocamente que yo pertenezco allí, este es mi lugar.

«Desde la confesión se me abre un acceso a la comprensión de la vida eclesial», ahí en esa fila, ricos, pobres, señoras, viudos, casados, muy pecadores, más o menos pecadores, muy santos (porque no) y en un momento dado todos estos de la fila quedan envueltos en este misterio de la confesión, son beneficiados en esta comunión eclesial. No podremos saber si con esta persona que se confesó primero o este santo que ha abierto ahí una ventana de luz, hasta qué punto sea motivo de gracia también para mí, siguiente pecador en llegar al confesionario.

La confesión siempre es un ser reorientado hacia el centro, en la confesión «la inocencia bautismal que se hace otra vez radiante» lleva al pecador con el propósito de enmienda y la contrición a «no querer pecar más». Esto tiene relación con el sacramento de la confirmación. No hay que olvidar nunca la verdad del pecado original porque a veces uno se lamenta o se enfada con uno mismo por sus debilidades, y este es un enfado inútil que lleva a un sentimiento de culpa inútil, porque no es un verdadero arrepentimiento, es la mayor de las veces un enfado de ¿cómo es posible que yo haya fallado de nuevo?, ¿cómo es posible que yo, que una y otra vez lo he intentado, vuelva a caer?, ¿cómo es posible esto? Si hasta le suplico al Señor: «yo quiero hacer todo lo que Tú quieres» y apenas he pedido esto caigo en un «estado de ánimo en que todo da lo mismo», en que hago «precisamente lo que no debo hacer». Se olvida uno del Señor, «ya no reza, pierde el amor respecto con su prójimo, como si el amor se perdiera», como si en el hombre «dos yo se alternaran el control». Esta es la realidad de esta inclinación, de esta disposición. Pero de nuevo, lo importante muchas veces no es tanto la caída grave sino la «indolencia», un «dejarse de preocupar por la oración», una «falta de interés»: uno cree que ya sabe «comportarse como buen cristiano» pero en el fondo lo único que quiere es vivir tranquilo, quiere «una cierta tranquilidad, un cierto no querer ser molestado, no dejarse tocar por nada, tampoco por la gracia. Y únicamente cuando es asustado por el sonido de lo que ha perdido, recupera la conciencia de su condición de pecador, condición que significa en cualquier forma que se manifieste, falta de amor, y por ello, ofensa a Dios».

Continúa diciendo Adrienne: «si por alguna razón uno tuviera que confesarse no habiendo tenido desde la última confesión el tiempo y la ocasión de olvidarse otra vez de Dios (es decir, que la cosa va más o menos bien) y no supiera qué decir... (A veces la gente pregunta: *padre, es que no sé qué decir, no me quiero sentir santo, pero las cosas han ido bastante bien, y ahora ¿qué digo?* Como no traigo

conmigo aquellos pecados con los que valientemente venía a la confesión, ahora ¿qué voy a decir? Y hay unas ancianitas que es cierto que son casi unas santas pero bueno...) Decíamos entonces que, si por alguna razón no supiera qué decir, aun así dice Adrienne: «tendría que reconocer que, aunque he intentado no olvidar, hay un olvido, una falta de vigilancia completa, un quedarse atrás respecto de las ardientes insistencias de la gracia; sería como para desesperarse el saber que nunca se corresponde eficazmente, si la gracia de la confesión, si la pasión del Señor, si la necesidad de la iglesia de penitencia y oración no fueran inmensas».

La confesión, dice la autora, «tiene muchos significados» y uno de sus sentidos «reside, ciertamente en que nos hace ver el estado de necesidad de la Iglesia, su carencia, su siempre necesitar más para de alguna manera llenar la inmensa deficiencia de la humanidad respecto de la gracia». ¿Y qué podemos hacer al respecto? «Cuando nosotros vemos este inmenso estado de la necesidad de la Iglesia, nuestro propio estado de necesidad de alguna manera se despersonaliza en favor de la necesidad de dar algo a la Iglesia». Ya no es mi necesidad, ya no es en favor mío, sino en favor de la Iglesia.

En este punto dice Adrienne, «mi propia deficiencia siempre presente (porque no se pierde en el aire) y ligada al pecado original puede volverse valiosa convirtiéndose en una deficiencia que permanece en mí, pues algo me habría sido quitado en favor de la Iglesia... y lo que ella necesita es que el seguimiento del Señor sea realizado no sólo en una especie de marcha triunfal sino también en la pena, en la aflicción, en la impotencia. La comprensión de nuestra impotencia es una pequeña parte de la humildad, pues la humildad, finalmente, no consiste en el reconocimiento; más bien es lo que la Iglesia ofrece a aquél que conoce su carencia, en el momento que ella acoge su don. El que reza se abre entonces a la Iglesia hasta el punto que no quedar espacio para la reflexión sobre su propio yo; en cierto modo es inspirado y colmado de humildad por la Iglesia (...) Se muestra en esto, una vez más, que toda confesión tiene su lado social y eclesial, que uno mismo debe ser parte de la Iglesia que se confiesa..., en ningún caso la Iglesia sólo es la suma de los cristianos, ni sólo su organización y orden delante de Dios».

A veces en la confesión, con esto de que no hay grandes pecados, sí que hace falta tener la actitud de reconocer esta carencia, esta falta de vigilancia, y dejarnos tocar por la gracia para recibir ese don de la humildad por parte de la Iglesia. Hay personas que llegan diciendo: padre, *lo de siempre, pues nada grave...* y casi con una sonrisa en los labios como diciendo *aquí todo va bien*. Y es verdad que las grandes rocas obstruyen el manantial de la gracia cuando caen al pozo, pero, estas pequeñas arenillas no se elevan sublimes en el aire, sino que van a caer también ahí, van a obstruir, van a colaborar con las grandes piedras. Mis mentirillas van a tejer una estructura de opresión, de pecado, mis mentirillas que tan a la ligera son dichas, se unen a las grandes mentiras, a las mentiras asesinas. No hay nada de que reírse... Al confesar, al abrirse a la gracia, se une a la comunión de los santos, esto es claramente mucho mejor.

En el capítulo 6 Adrienne va a hablar del penitente, y va a hablar de los falsos extremos.

a) Por un lado, un extremo, es el así llamado *el penitente por Pascua* que se limita a lo mínimo. Aquí Adrienne hace una descripción genial: «sin duda, en muchos existe una actitud respecto a la confesión que se puede describir aproximadamente así: un recurso mínimo a la confesión es necesario en un sentido totalmente racional que hace de esta necesidad un pesado deber. Si la Iglesia pide la comunión anual por Pascua y se contenta con una confesión por Pascua, esto significa que el cristiano medio cumple con ello suficientemente su deber, su manera de practicar el sacramento tiene, consciente o inconscientemente el carácter de seguro; es consciente de algunos pecados, pero piensa que tales pecados pertenecen más o menos a una vida normal, lo mismo que la purificación una vez al año. No quiere ser un santurrón, no es un santo, pero está dispuesto al penoso acto, si no se le pide con demasiada frecuencia, aguardado como una humillación. Va al confesionario con una especie de coraje

frío y lo hace sin dejar de arrepentirse por lo que ha hecho y sin carecer su confesión cierta integridad. Pero si le basta con la confesión anual según la norma, entonces los efectos posteriores no serán importantes. El desagradable momento tiene de bueno que queda atrás una vez que se ha cumplido, y precisamente por eso, no desea un efecto que se extienda en el tiempo».

La confesión «pertenece a esa clase de cosas acerca de las cuales uno no habla pero que tampoco se conserva en la conciencia». Dice Adrienne que «quizás sea ésta una actitud principalmente de varones, actitud que no comprende nada respecto del dulce misterio de la absolución, de su relación con el Señor, de la gracia que lleva hacia efectos duraderos. Si la confesión es sólo un acto penoso, entonces le corresponde el carácter de algo que se termina y queda atrás; su tensión hacia adelante, mantenerse abiertos y disponibles para lo que se ha recibido, sería de alguna manera algo femenino».

Si alguno piensa así, «teme o detesta hablar de religión, se habla escasamente de ella como de pequeños ahorros que uno tiene en algún lugar, son asuntos privados; y el ministerio del confesor parece tan oficial que se distingue poco del servicio bancario, ambos ejercen una función por la que el penitente paga finalmente, ambos pertenecen a un sistema de ordenanza social. Como se manda al final de año hacer el balance del deber y el haber, así se paga una vez al año la deuda con Dios, con los funcionarios espirituales». (Yo cuando leo esto, pienso en mi cara de funcionario y la actitud que uno puede tener ante estas cosas, colaborar con este mal hacer ver las cosas de este modo), «como el libro de cuentas sirve para lo relativo de las necesidades corporales, la confesión atiende a las necesidades espirituales... y así como nadie espera que vengan del banco inesperados depósitos a favor, no se espera que la Iglesia nos depare alguna sorpresa. Todo se desarrolla en un cuadro conocido, inalterable, no se quieren sorpresas».

«También el arrepentimiento corresponderá, en un hombre que calcula así, a su espíritu de economía», no podrá determinar si se arrepiente más o menos por una cosa u otra o si porque ha ofendido a Dios, «no se podrá hacer grandes investigaciones acerca de esto como tampoco acerca de lo que se refiere al amor del prójimo, ni sobre el respeto cariñoso a su mujer y a sus hijos (...) No se quiere dejar llevar demasiado por el remordimiento de conciencia y menos aún se espera algo de la exhortación del confesor. Tales consejos no son parte esencial de la confesión, podrían muy bien suprimirse», dice este penitente por Pascua. Hay que poner atención, es importante, uno percibe que a veces algunos se confiesan como diciendo: *ya quiero la absolución, usted me resuelva esto, déjese de discursos y cosas*. Tan es así que muchas veces se olvida rápidamente de la exhortación, incluso de la penitencia impuesta, se tiene tanta urgencia que ya no se acuerdan de nada más.

El penitente por Pascua «quiere acusarse correctamente pero no se le debe mirar las cartas del juego», lleva todo muy bien arreglado y esto es verdad que es una cosa muy varonil, llevar todo arreglado de manera que el confesor no se meta en nada más. Pero cuando se vislumbra una abertura y se pone el dedo ahí, el brinco que pega es grande.

«...No desea tampoco ser asediado con palabras, interrelaciones personales y directas, ni dejarse llevar a donde le place... con esta tranquilidad se confiesa y lo hace tal como desea y como se lo ha propuesto. Sus propósitos, cuando los toma en serio, serán más bien de naturaleza egoísta, quizás durante la confesión sienta miedo... quizás vea que estaba más alejado de lo que pensaba, que se ha permitido más pecados de los que en su opinión no le habrían hecho perder el control de sí mismo; en este caso su propósito será también racionalmente calculado», dirá este hombre, «*esto no me lo puedo permitir más, tendré que estar un poco más atento*. La confesión es para él, un seguro. En todos los seguros hay un cierto riesgo que no se ha incluido, en nuestro caso, si él hubiera pecado muy gravemente, no estaría cubierto por la absolución del año pasado. No hay que llegar a esto. Al pensar estas cosas se ha asustado repentinamente, pero sólo percibe la situación de sus negocios un poco diferente de como se lo había imaginado». Finalmente se nos dice que, «ante este cristiano de Pascua, el confesor puede sentir una cierta resignación, su caso es una variante más del caso normal del pecador promedio y, ya

que tiene en Pascua poco tiempo y es tanta la gente que se acerca, se dispersa de hacer intentos más profundos de conversión con estos penitentes». (Como una vez que estábamos en una fila del confesionario y era una fila enorme con un buen confesor: el buen padre se levantó y dijo «por favor, hijitos, hay mucha fila, así que sólo pecados mortales, luego no vengan a contar nada más»; y otro chiste decía: por favor, los de pecado mortal a este lado, y la gente es tan buena que va...)

Entonces, está el riesgo de que el confesor se resigne más o menos con ellos. Hay mucho que hacer, no se tiene tiempo y se dispensa de hacer un intento que lleve a una profunda conversión en este penitente. Sin embargo, dice Adrienne, «el confesor tendría que intentar a cualquier precio introducir el agujijón de modo que el sistema (se nos ha hablado de esto en la primera charla) de seguridad se rompa. Con frecuencia encontrará resistencia, sus palabras no serán acogidas, serán interpretadas en esta clase de confesión en serie como artículos en serie y sólo raramente tendrán efectos duraderos»; este es el cristiano que se confiesa por Pascua.

b) El otro extremo es *el escrupuloso*, el escrupuloso por el contrario «nunca termina de examinar la conciencia, de reconocer su pecado. También puede mirar la confesión como un seguro cuyas condiciones no conoce bien, es temeroso, pues no ve la gracia de Dios, la subestima, pero por otro lado se sobrestima, pues piensa que está en la posibilidad de dar a su propia palabra el peso justo». Dios no está, para el escrupuloso, «en la posibilidad de darse cuenta de lo que hay, a partir de su confesión siempre imperfecta y siempre balbuciente, ni puede enderezar lo torcido... piensa que Dios no tiene bastante con una declaración, que cada declaración necesita de más extensas explicaciones y también que él, como penitente, es incapaz desde luego, de entender las palabras de exhortación». Para el escrupuloso «por todas partes amenazan los malos entendidos», claro, «no confía en sí mismo pero tampoco en Dios» y, al contrario del cristiano por Pascua, el escrupuloso «no sabe cerrar sus negocios, no hay conclusión». En realidad, en esto, dice Adrienne, uno cree que el escrupuloso es muy débil, pero no, no es débil, más bien es duro como el granito, «persiste en la posición del que sabe mejor, que justamente por esta actitud, siempre vuelve a afirmar que no se ha comprendido nada y que Dios, con una confesión así, no puede hacer nada... solo muy difícilmente el escrupuloso puede llegar a comprender que su culpa principal es su falta de confianza. Que es culpable es algo de lo que está convencido, pero también en esto piensa que lo sabe mejor (siempre piensa que sabe mejor) y que puede distinguir, aunque no puede distinguir la verdadera falta de las falsas. Se deslizará entonces de un confesionario a otro y aprovechará cada ocasión para confesarse, pero no podrá recibir la absolución como liberación hacia una vida nueva y mejor»... ¡esto es terrible!

Adrienne da unos consejos de cómo tratar a los escrupulosos, dice que «si después de la primera o segunda confesión no se está seguro de cuál es el fondo de la escrupulosidad, se debe entonces ser más bien generoso, pues los síntomas pueden estar relacionados con una experiencia de conversión». En cambio, si se tiene la seguridad de que se trata realmente de escrupulos, «entonces sólo ayuda una firmeza decidida que, unida a mucha bondad, no se deje hacer a un lado». Con el escrupuloso hay que ser firme y a veces hay que hacerlo callar, decir «basta»...

La confesión frecuente lleva al escrupuloso generalmente a sufrir menos que con la confesión muy distanciada, «se fijaran los días pero estos días deben ser fijados de manera que al confesor le parezcan más bien frecuentes y al penitente más bien distanciados». No se deben cambiar los días fijados. «El peso principal hay que ponerlo en la siempre más grande gracia de Dios». Esto es fundamental.

Dice también, «quizás aunque parezca una paradoja se podrá insistir en la posibilidad de haber pecado», es decir, darle importancia a los pecados que se confiesan pero incluso darle peso a otros que él considera ligeros, «para indicar que al penitente no debe tener a toda costa la última palabra». El escrupuloso siempre quiere tener la última palabra, diga lo que uno le diga. «El último acento debe caer siempre en la gracia siempre más grande de Dios». Tendría que preguntársele por qué se confiesa, «si

por amor a Dios o más bien por amor a sí mismo», esto es más frecuente de lo que parece, un arrepentimiento falso o incompleto, que sólo es un orgullo herido, un orgullo espiritual herido. Si decimos, ¿cómo es posible que yo pueda fallar? Entonces lo que me duele es mi yo, pero «si es por amor a Dios, lo que ciertamente desearía el penitente, tendría que, por ello mismo, que llegar al amor desbordante de Dios». Generalmente los escrúpulos dice Adrienne, «son síntomas de que otras cosas de nuestra actitud no están bien... puede ser la manifestación de una verdadera neurosis, de una manía, de ocuparse de sí mismo que, además, no encuentra satisfacción y finalmente ha encontrado este camino para hacerse interesante».

Entre estos dos extremos está la verdadera actitud de confesión.

El cristiano entenderá que la confesión, en sus partes de acusación, contrición, exhortación y absolución, es «una unidad viva que tiene lugar en su existencia, existencia que es tanto personal como eclesial». No debe mirar sólo lo amargo del arrepentimiento, sino la absolución como fondo, sin adelantar, «considerar que él estaba alejado y cuántos motivos para hacer penitencia sigue teniendo». Con respecto a los otros pecadores, uno debe pensar más bien que el que uno esté libre de ciertos pecados y que no ha caído en ciertos pecados «es tal vez cuestión de una particular protección», que «otros que son hermanos suyos han sido menos favorecidos, se sabe solidario de ellos y finalmente , de todos los pecadores», que si las circunstancias fueran las mismas que un pecador no importa quien seguramente «habría cometido los mismos pecados y crímenes», la culpa de los otros, «no le sirve para excusar la propia considerándola como un fenómeno social generalizado; al contrario agudiza en él el sentido del pecado, y le pone ante los ojos como un espejo lo que sería capaz de cometer sin la gracia que lo protege». El que quiera tener la verdadera actitud de confesión «no debe olvidar completamente la posibilidad de que su pecado, por motivos justos, sea retenido», pues si olvida esto, «se pone en el peligro de no ver el momento de la humillación propia de la confesión y de erigirse en cierto modo, en juez de sus propios pecados (...) Del peligro de juzgarse a sí mismo lo protege también la oración y en tal atmosfera debe tener lugar toda la preparación de la confesión... no a su propia luz sino a la luz del Espíritu Santo, en ella debe examinarse y sopesar la gravedad de sus faltas». El penitente que quiere tener esta verdadera actitud, va a la confesión con tanta humildad como sea posible y «dice todo con toda la apertura de que es capaz». En la confesión dice Adrienne: «nada de darse importancia, ¡espíritu de infancia!, ¡humildad y discreción!»

Se nos recomienda también evitar la confesión por escrito, en el sentido de que uno lleva y lee el listado. Que a veces le pone el mismo sentimiento que si leyera los resultados de la jornada de fútbol, o una receta.

El problema, dice Adrienne, es que «cuando se escribe todo y simplemente se lee lo que se ha escrito, ya no hay acusación espontánea de los pecados, se tiene literalmente el asunto en la mano», se tiene de nuevo el control y «se presenta como un resultado definitivo, que luego se lleva a casa. Lo que hay está escrito y permanece escrito, no tiene propiamente ninguna relación viva con la absolución. Quizás es una manera de querer tener la última palabra, que quita penetración al conocimiento de la confesión y de su gracia». Dice Adrienne también que el sacerdote no tiene que «hacerse cargo de la fantasía del penitente», no se trata tampoco de ir a la confesión a «prostituirse espiritualmente», a buscar detalles.

Hay que decir las cosas como son y confiar en la gracia, y saber que uno está protegido por ella en la obediencia amorosa del seguimiento de Cristo.